

pinareda con los recaudos, fueron á aquella parte que se decía el Nombre de Dios por haberla nombrado así otros religiosos de nuestra orden, como atrás queda dicho, y se fundó la villa intitulada también Nombre de Dios, fundándose con los vecinos españoles, labradores de aquel valle y se fundó también el monasterio, quedando allí para guardián el padre Fr. Pedro de Espinareda. El Alcalde mayor tomó posesión de ella con sujeción á la Galicia y Real Audiencia, por haberla poblado por su mandado, hallándose presente á todos estos actos, Francisco de Ibarra con sus agentes.

Este año fué al convento de Chapalac, el padre Fray Sebastián de Párraga, y puso todos los naranjos que están al redor de la iglesia; y al convento de Xalisco fué por guardián el padre Fr. Juan de Tapia; y se dió bula apostólica para que los indios en todo tiempo pudiesen recibir las bendiciones nupciales; y por otra bula se declaró que los obispos en las Indias puedan consagrar oleo y crisma con el bálsamo de la tierra; y se despachó otra bula para que el Real Consejo de las Indias pueda mudar y enmendar las elecciones de las iglesias, como mejor le pareciere.

### CAPITULO CLXXXVIII.

En que se trata cómo Francisco de Ibarra, pretendió la conquista de Copala y su laguna, y se le concedió y fué á ella, llevando en su ejército cuatro religiosos de N. P. San Francisco.

Año de  
1562.

Fundada la villa del Nombre de Dios, estando un día Francisco de Ibarra á solas con sus doce valientes, cuyo caudillo era Martín de Gamón, confirieron entre sí que convenía hacer una cosa que fuese alabada y de honra, y que pues tenían á

Francisco de Ibarra por amigo y ellos estaban allí perdidos, sería bien tratarle pretendiese la jornada de la nueva y gran Copala y su laguna, que pues el virrey Don Luis de Velasco era suegro de su tío, se la daría, y más teniendo relación de la tierra con los papeles que Don Antonio de Mendoza le había dejado, y que allí serían hombres y les estaba muy bien ir á aquella jornada, y mucho mejor á Francisco de Ibarra; y estando tratando esto entre ellos, el Francisco de Ibarra entreoyó alguna cosa de lo que decían, y preguntándoles qué era lo que trataban, se lo dijeron, y cuadrándole las razones que dieron, dijo: "¡Por Dios, vamos y gocemos lo que fortuna nos promete!" y sin más acuerdo escribió á su tío su determinación, y el tío Diego de Ibarra, escribió á su suegro el virrey, el cual luego al punto le concedió lo que pedía, y le envió la comisión y instrucción, la cual dieron á Francisco de Ibarra en las minas de Tzacatecas; y hizo gente ayudado de su tío, y desde entonces se llamó señoría, y luego fué á las minas de San Martín, y salió el alcalde mayor á recibirle y darle el parabién de su jornada, y se estuvo allí hasta que se juntó su gente; y estando junta, presentó ante el alcalde mayor sus recaudos, y en la comisión que se le dió, se le hacía gobernador de la gran laguna de Copala, la tierra adentro, entre donde sale el sol y el Norte, y que no se arrimase hacia el Norte y poniente, que era lo de Tzíbola, que Coronado anduvo, y que así mismo no fuese hacia el Sur ni á la mar de él, que era Chiametla, Topia y Tzinaloa, por estar cometida la conquista de ella al Dr. Morones, oidor de la Audiencia de la Nueva Galicia; sino que fuese entre el Levante y Norte, y que las apelaciones que ante él se hiciesen, las enviase á la Audiencia y Chancillería de México.

Habiendo visto los recaudos el alcalde mayor, envió un testimonio de ellos á la Audiencia Real de Guadalajara, y hecho esto, luego Francisco de Ibarra nombró sus capitanes y alistó la gente, en que había más de cien españoles, y señaló maese de campo á Martín de Gamón, á quien llamaba padre, y el Gamón á él hijo; y después el dicho Francisco de Ibarra dió una gran comida á todos los soldados y vecinos, para la cual convidó

al alcalde mayor, y hubo toros, juego de cañas y grande festín y llevó en su compañía y ejército cuatro religiosos de la orden de Nuestro P. S. Francisco, que fueron Fr. Pablo de Acevedo, sacerdote, y Fr. Juan de Herrera, lego, y otros dos de mucha importancia. No fué ningún soldado á pié, porque todos llevaron caballos, con voluntad ó sin ella de cuyos eran; y á esta jornada fueron dos ó tres vecinos de Guadalajara, y blasonaban que habían de hacer y acontecer hasta morir en la demanda, los cuales eran muy acaballerados, y viéndolos Diego García de Colio, les dijo que para qué hacían tan gran desatino dejando á sus mujeres, siendo de tanta calidad como eran, á que respondieron mil disparates y prosiguieron su viaje, y caminando Francisco de Ibarra, llegó al valle de San Juan á 24 de junio de 1562, y llegados allí, no hallaron sino indios desnudos, tepehuanes de nación, malditos y traidores, y al cabo de dos meses que estuvo allí, sin tener bastimento, viendo algunos de los soldados que iban perdidos y que todo era nada, se huyeron, y también lo hicieron, siendo de los primeros, los bravos leones vecinos de Guadalajara, sin decir cosa, con que fué bien reida su arrogancia: no les nombro porque no importa nada á la historia; y Francisco de Ibarra, habiendo visto que al revés le salía todo de lo que él había pensado, amohinóse diciendo que quien le había metido en ello tenía la culpa, porque ni había Copala ni había laguna, y sabiendo el Martín de Gamón lo que había dicho, dijo que si lo hacía, era porque era un rapaz y que para qué lo había aceptado, que lo hubiera mirado bien primero y no fuera solo porque él se lo había dicho, y luego: "A mí no me ande con quejitas, que ¡voto á Dios que haga lo que hicieron los de Guadalajara y me vaya y le deje solo!"

Supo Francisco de Ibarra lo que Martín de Gamón había dicho y, llegándole al alma, dijo: "Mi amistad con Martín de Gamón mi padre, ¿es posible que ha venido á parar en esto?" y siempre le respetaba disimulando con él las desvergüenzas y desenvolturas, y de secreto le escribió á su tío Diego de Ibarra, y el Diego de Ibarra al virrey suplicándole le enviase la senten-

cia de muerte que contra Martín de Gamón se había dado sobre el motín del Romano, y Gaspar de Tapia, porque teniéndole su sobrino como maese de campo en la jornada, á cada paso se le amotinaba, porque era un traidor desvergonzado.

## CAPITULO CLXXXIX.

En que se trata de la justicia que Francisco de Ibarra hizo en Martín de Gomón y de cómo se fundaron las villas de Guadiana y San Sebastián, y de la muerte del Dr. Morones.

Año de  
1562.

Habiendo visto el virrey Don Luis de Velasco lo que le había . . . . . Diego de Ibarra, mandó sacar la sentencia y la remitió con orden expresa de que sin embargo de apelación se ejecutase; y habiendo llegado á manos de Francisco de Ibarra, la tuvo oculta algún tiempo, sin que lo supiese el dicho Martín de Gamón, el cual cada día hablaba más descocadamente y se desvergonzaba más, hasta que no faltó quien le dijo lo que había y la orden que tenía Francisco de Ibarra del virrey, y así que lo supo se ausentó del real y se fué á las minas de San Martín á ampararse del alcalde mayor, y él no estaba allí por haberse venido á la ciudad de Guadalajara, á curarse en su casa, y había dejado allí por teniente á un hidalgo que se llamaba Gonzalo de Mampasso, y siempre allí se tuvo por seguro; pero salió Francisco de Ibarra en su busca, y cercándole en casa de su primo Gamón, lo prendió y llevó preso al valle de San Juan y luego hizo justicia de él haciéndole dar garrote, de manera que en esto pararon las amistades de Martín de Gamón y Francisco de Ibarra, por sus desvergüenzas y atrevimientos; lo cierto es que su muerte fué muy á gusto de todos y en haz y en paz, como dice el refrán. Era Martín de Gamón

vizcaino, como queda dicho, y muy mal encarado, inclinado á hacer cualquier mal. ¡Dios le tenga en el cielo!

Hecha justicia de Martín de Gamón hubo tanto temor en el campo, que fué harto freno para que otro nunca más se atreviese á hacer cosa que no fuese muy del gusto del gobernador Francisco de Ibarra, el cual luego trató de buscar otra derrota y dejar aquella, y fué marchando con su campo buscando otras tierras y no vió ni halló cosa de importancia que lo obligase á su conquista. Y viendo que habiendo caminado muchísimas leguas no hallaba otra cosa que rancherías de indios bárbaros, se determinó á fundar la villa de Guadiana (que hoy se llama la ciudad de Durango) y cojió la tierra que quiso, sin perdonar lo que los conquistadores de Guzmán habían descubierto por la Galicia y después visto por Gines Vásquez de Mercado. Puso oficiales reales y caja en la nueva villa, y luego se fueron descubriendo los valles y minas de Indehé, Santa Bartola, Cuencamé, hasta el río de las Conchas, y luego repartió aquellas rancherías en encomiendas y dió tierras, estancias, y acudió mucha gente á poblarlo. De allí fué á la tierra adentro, arriándose á la sierra de Topia y saliendo por ella, fué á dar á Tzinaloa, y vió toda aquella tierra y mucha gente marítima y muy pobre, y al tiempo que pasó por Topia, halló en una higuera un letrado que decía: "Este pueblo es de Don Diego de Guevara."

Estando en Tzinaloa con diversos pareceres, por no hallar cosa que le pareciese á su propósito, determinó ir á la villa de Culiacán á rehacerse y proveerse de algunas cosas y bastimentos para él y su campo, que estaba bien desproveído.

Todo esto se sabía en la ciudad de Guadalajara, y Juan de Saldívar, doliéndose y teniendo lástima de Francisco de Ibarra, que también tuvo nueva de que quería entrar en Tzinaloa, le quiso hacer algún socorro y le envió herraje y ropa y dos caballos, uno rucio, bueno, y un castaño aparejado para cualquier suceso; y estando haciendo el despacho fué Nuestro Señor servido de que muriese el Dr. Morones, que había de ir á apaciguar á Chiametla, y avisóle que luego se metiese en ello y

lo poblase, y que no entrase en Tzibola, que era perdición, y que escojiese del mal el menos. Cuando este socorro y aviso fué, ya Francisco de Ibarra estaba con sus soldados bien destrozados y con mucha pobreza y miseria, cerca de Culiacán, donde Don Pedro de Tovar (como valeroso caballero) le acogió y sirvió en su casa y gastó con él y sus soldados más de quince mil pesos, porque les dió de vestir y todo lo necesario y á más de cincuenta soldados, dió caballos, sillas; y porque había en la villa de Culiacán muchas virtuosas doncellas, hijas de padres muy nobles, casó á los soldados que quisieron con ellas y las remedió ayudándolas en todo lo que pudo.

Estando el gobernador Francisco de Ibarra reformándose, como digo, en Culiacán, le llegó el regalo y cartas de Juan de Saldívar y el aviso del Dr. Morones, y consultó lo que le decía con Don Pedro de Tovar, el cual le animó y aconsejó que luego se metiese en Chiametla, pues todo era servicio de Dios y de su Majestad, porque hacer otra cosa era perdición y disparate; y animado . . . esto Francisco de Ibarra, salió y juntó más gente de aquella que andaba perdida en la villa de Culiacán, y se entro . . . de Chiametla y la ganó y sujetó toda, y pobló la villa de San . . . con Alonso de Parra y sus hijos y sobrinos, y otros que vinieron de Culiacán y Xocotán, y metió á la provincia en su conquista, á quien puso Nueva Vizcaya.

Tenía Francisco de Ibarra una cédula de S. M., en que le mandaba que todos los pueblos donde no hubiere iglesia ni doctrina, los metiese en su jurisdicción y los repartiese; y así repartió cuanto halló de paz y fué cercenando todo lo que los encomenderos de Culiacán tenían hasta las puertas de la villa, y lo repartió todo hasta el pueblo de Chiametla, aunque visitaban los religiosos de Acaponeta y era de Alonso Alvarez de Ovalle, y se le quitó y dió en encomienda á Pedro de Uceta; y de allí fué á cercenar las faldas de la ciudad de Compostela, y puso mojones en el río de las Cañas, de esta parte de la Punta de Mataren, hasta la mar y puerto de Matzatlán, sin que la Audiencia se lo resistiese en cosa. Entró en lo de Cacalutla (que era de Compostela) y lo cojió para sí, sin más autoridad

que haber citado á la Audiencia. Aplicó las salinas de Chiametla para el rey, y habiendo hecho todo esto, volvió á la villa de Culiacán, donde descansó algunos días para reformarse, y luego salió y quitó á Don Pedro de Tovar los pueblos de Sebastián de Eborá, y á Cristóbal de Tapia á Petatlán y el río de Piaxtla, de Franciscana, y luego los repartió á todos los vecinos de Culiacán, dando al hijo de Don Pedro de Tovar, natural, lo que quitó al padre.

### CAPITULO CLXXX.

En que se trata cómo Francisco de Ibarra volvió á Tzinaloa y pobló una mina y descubrió las minas de Chiametla, y del Martirio del P. Fr. Juan de Herrera.

Año de  
1563.

Después de haber hecho el gobernador Francisco de Ibarra lo referido en el capítulo pasado, volvió otra vez á Tzinaloa para poblar otra villa, y estándole allí determinó ir á la tierra adentro, hacia Tzibola, corriendo á mano derecha, llevando consigo cincuenta soldados bien aderezados, y llevó consigo á Don Pedro de Tovar, el hijo natural de Don Pedro de Tovar, el de Culiacán, y al padre Fr. Pablo de Acevedo, religioso de la orden de N. P. San Francisco, y no hallaron sino ranchos de indios que salían de paz en carnes y se llegaban al capitán y al religioso y á los soldados para que les pusiesen las manos en las cabezas, y en poniéndoselas daban saltos y decían que estaban sanos y fuertes, y decían haberles quedado aquella costumbre de cuando pasaron Dorantes, Cabeza de Vaca, Castillo y Maldonado, que haciendo aquella ceremonia los sanaban. Pasó adelante buscando la gran ciudad de Pagme, y á pocos días dió en ella, y era una ciudad hermosísima, de edi-

ficios muy suntuosos que tenía más de tres leguas, con casas de tres altos muy grandes y muy dilatados, plazas y calles cercadas de unas tapias que parecían cal y canto, á la cual venía por una atarjea agua de una sierra muy alta. No hallaron en esta ciudad alma viviente, sino las maderas sanas y grandes piedras de molino, y dentro de las casas escorias de metal. Hallóse una patena de cobre, la cual halló un soldado llamado Zúñiga, y la dió al gobernador. Dieron luego con algunos indios querechos, á los cuales preguntaron que á donde estaba la gente de aquel pueblo, y respondieron por señas que habían ido hacia donde sale el sol, y que estarían cuatro jornadas de allí. El gobernador en esta ocasión estaba tan falto de salud como de bastimento, y ya el ejército no podía ir atrás ni adelante, y faltándoles la salud se hincharon todos y se volvieron, y no tuvieron poco que hacer en salirse, y á la vuelta vinieron comiéndose los caballos, porque era una tierra donde ni liebres, venados, conejos ni aves había qué comer, y habiendo llegado á Tzinaloa, dijo al gobernador: "En doscientas leguas que hemos entrado, ni tenemos confianza de que la hallaremos; mejor será que poblemos en este río de Tzinaloa la villa, y haranse navíos para ver si hay por la mar alguna cosa, y así pobló la villa y la fundó y puso por obra hacer los navíos, y estándolos labrando y dando trazas mientras la clavazón venía, le escribió su tío Diego de Ibarra que procurase minas, porque todo lo demás eran cartas andadas, y así las buscó y procuró en Tzinaloa, y viendo que no las hallaba, determinó ir á Chiametla, porque aquella sierra daba muestras de tenerlas. Llegó á Culiacán y halló muy enfermo á Don Pedro de Tovar, y contándole la determinación que llevaba, de buscar minas en Chiametla, le pareció bien y le animó para que lo hiciese, con que se despidió el uno del otro y se fué el gobernador Ibarra á Chiametla, donde descubrió aquellas minas, pasando grandísimos calores (por ser la tierra muy cálida), y viéndolas tan ricas las pobló y otros de los que iban con él.

Sacaba tanta plata, que es cosa increíble con... muy próspero, aunque no de salud, porque con los grandes... de su